

Palabras de clausura Congreso Iberoamericano de Filosofía

Carlos Vásquez
Director Instituto de Filosofía
Universidad de Antioquia

A los amigos de la filosofía, ¿por qué nos inquieta tanto la banalización del discurso?

Presentimos que *ir a las cosas mismas* nada tiene que ver con instrumentalizar la relación lenguaje - realidad. Lo que hacemos no es otra cosa que crear mundos posibles, unidades abiertas de sentido.

Nos resistimos a caer en el anacronismo de suponer que hay, por un lado, cosas mudas y por el otro, palabras que las nombran. Las cosas van en las palabras que llevan.

Tiene razón el filósofo cuando afirma que *no hay hechos sino interpretaciones*; interpretar interpretaciones es la forma que tenemos de hacer realidad. ¿Qué otra cosa son las ciencias sino creaciones discursivas? Aún las máquinas, los artefactos, las fórmulas: unidades funcionales de saber, síntesis lingüísticas.

Por eso la filosofía se resiste a que el lenguaje se reduzca a ser un medio de expresión. Enfrentamos la tendencia seguidista y repetitiva a que lo empujan los modelos productivos y comunicativos. Aspiramos disponerlo a la crítica y la indagación. Esa es nuestra exigencia que no es otra que la de la verdad.

Uno se acerca a la filosofía a experimentar: al investigar, al construir acuerdos o desacuerdos para la vida, son las palabras las que modulan las diferencias, son ellas las que pueden plasmar una imagen del mundo incitante y diversa. En todas y cada una de sus prácticas la filosofía es un incansable laboratorio de palabras.

Acierta el filósofo cuando dice que estamos inmersos en *juegos de lenguaje*. ¿A qué juega la filosofía? ¿Cuál es su apuesta? Cada individuo y grupo busca combinaciones significativas que muevan las fronteras de la vida en comunidad. Intentamos superar la tiranía de los esquemas que someten la realidad a cadenas niveladoras.

Me temo que en el uso reductivo que se hace del lenguaje, queda por fuera algo esencial: el tiempo - espacio de este complejo campo de exploración de sentidos que ha de cruzar la metafórica filosófica, articulando su decir con la inteligencia social.

Espacios como el que hoy clausuramos dejan para mí algunas inquietudes en lo que tiene que ver con el ejercicio de la filosofía:

1. Cómo hacer para que ella se desligue lúcidamente de su propensión a reforzar los poderes en uso.

2. De qué manera sustituir la afición por las generalidades, por un uso de la deliberación que apueste por acercarse a realidades encarnadas, que acoja a los hombres en sus dolores y esperanzas, en sus reclamos y su sed de justicia.

3. Hasta qué punto podemos arrancarla de la fe en una verdad que estaría en todas partes pero menos en esta: la verdad que está hecha de existencia y riesgo, de compromiso y lealtad, de osadía y capacidad de ruptura.

4. Qué debemos hacer y decir para desprenderla de toda actitud evasiva, en un mundo en que todo son violencias, en que todo son exclusiones, en que todos estamos desplazados de lo que importa: la solidaridad y la amistad, la confianza y la generosidad, el compromiso con los que padecen las persecuciones y la estupidez de los poderosos.

5. Cómo hacer, en fin, para evitar que la filosofía quede presa y como embelesada en un logos mortífero. El peligro está en no darse cuenta, que en la lucidez de las víctimas está su razón y que esta debe dejar de ser una máquina de exclusiones al servicio de un régimen de crueldad.

Esto es lo que digo, a quienes durante cinco días le apostaron al diálogo, con la creencia en que la única realeza digna es la palabra que dice verdad, palabra que, por desgracia, en ocasiones se aleja de los labios de los filósofos.